



Orquesta filarmónica de Stuttgart

MA. TERESA CASTRILLÓN

Cuando uno escucha concierto como los que nos ofreció la Orquesta Filarmónica de Stuttgart, no se imagina todo lo que hay detrás de eso. Era una gira planeada desde hace muchos meses, dentro de la programación de todo el año de la orquesta. Una semana completa en la que incluía la participación en el Festival Cervantino, dos conciertos con la UNAM en la Sala Nezahualcoyotl y un concierto en Puebla.

Como sede a menudo en México, los compromisos ya hechos fueron cayendo uno a uno. Primeramente el Festival Cervantino canceló “por falta de dinero” (sin embargo sí hubo para la Orquesta Nacional de España, para la Orquesta Filarmónica de Zagreb y para el conjunto de Polonia). Después, el de Puebla, para el cual hubo que realizar maromas para conseguir un piano, pues no había un solo piano de concierto en todo Puebla, cuando ya se había conseguido (por colaboración de la Sala Chopin), decidieron que tampoco había dinero. El Instituto Cultural Goethe. Que era quien traía a la orquesta ofreció absorber el costo, pero los encargados de la Cultura

en Puebla se negaron de cualquier modo, en realidad no habían movido un dedo.

Sólo quedaba la UNAM, pero para variar, Sergio Vela canceló (por tercera vez consecutiva al pianista Stefan Arnold que era quien venía como solista invitado), con el argumento de que tampoco había dinero. Total, toda la gira cancelada de un plumazo. La empresaria de la orquesta, la Señora Susana Zeisner (Viena) y la coordinadora de Actividades Culturales del Instituto Goethe en México, la Sra. Edda WWebels estaban desesperadas, pues ya estaban pagados los boletos de avión de cien músicos (en gran parte por las empresas alemanas en México).

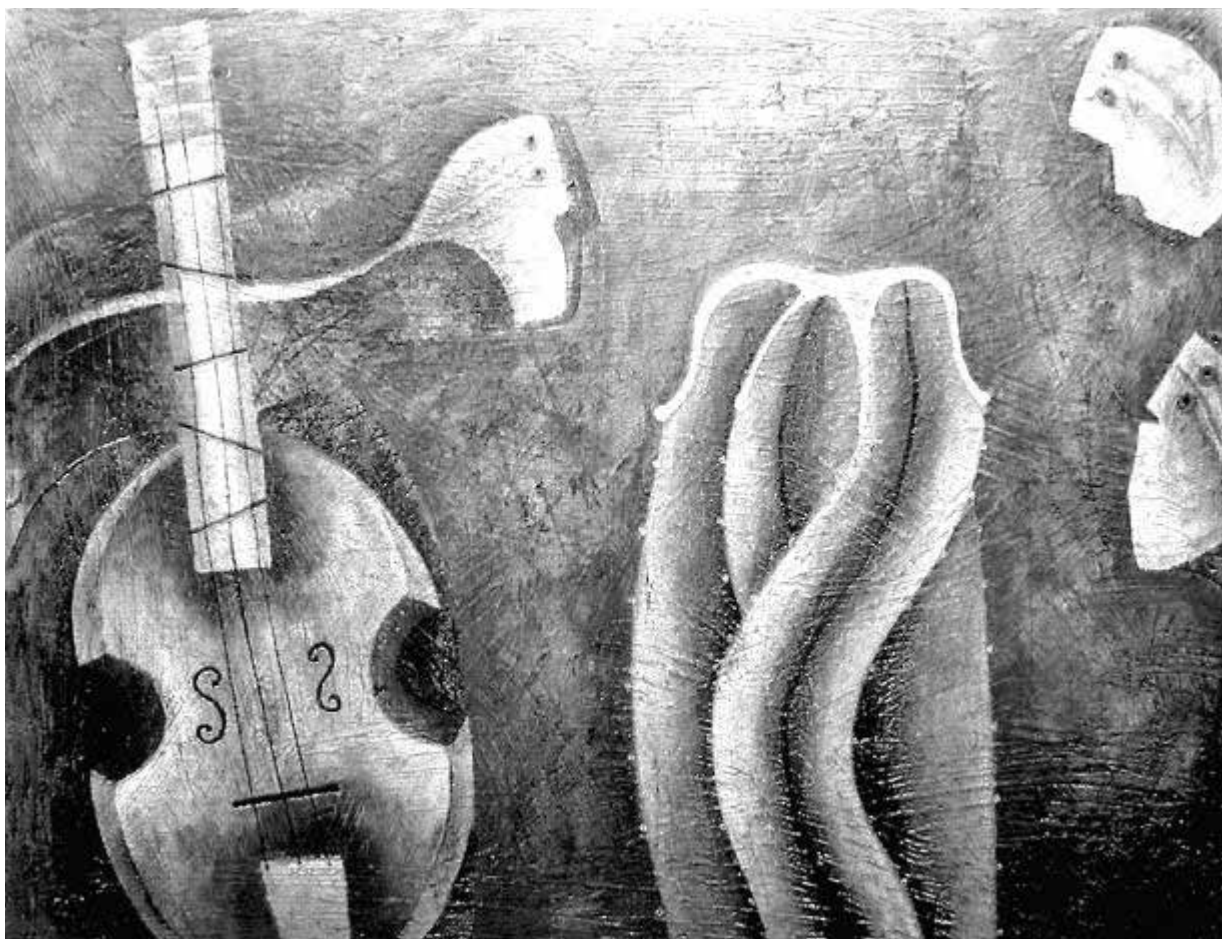
Finalmente el Instituto Goethe sacó la cabeza por la orquesta, y el director del Instituto, Sr. Nather accedió a responsabilizarse por los gastos del concierto de la UNAM. Para redondear la semana, ofrecieron gratuitamente un concierto en el Conservatorio Nacional de Música donde fueron recibidos con gran entusiasmo. Era un evento único para el Conservatorio y que cayó como del cielo. El concierto marcó un hito en la vida del Conservatorio que se volcó tanto en la organización como en el entusiasmo del público que llenó

la sala sin ninguna publicidad, simplemente con maestros, alumnos e invitados. Un público culto, respetuoso y que aplaudió exultante.

La Orquesta Filarmónica de Stuttgart, una de las mejores de Alemania y de Europa, vino bajo la dirección de su titular desde hace un año apenas, el joven maestro Gabriel Feliz y como solista el pianista también alemán Stefan Arnold. La Institución fue fundada en 1924 y su nivel le permitió contar con directores como Leo Blech, Carl Flesch, Hans Knappertsbusch, Fritz Kreisler, Hermann Abendorth, Carl Schuricht y Felix Weingartner. En 1933 los músicos judíos y muchos extranjeros fueron despedidos por orden del régimen y los miembros restantes se dividieron entre la Orquesta de la Radiodifusora del Reich Stuttgart y la Orquesta Estatal de la región.

Al finalizar la guerra, muchos de los músicos que habían trabajado en la Orquesta Estatal, se reagruparon bajo el nombre de Stuttgarter Philharmoniker bajo la dirección de diversos músicos de prestigio. De 1972 a 1985 fue director Hans Zanotelli; la agrupación llegó a tener prestigio, por lo que en 1976 la ciudad de Stuttgart, capital del Estado de Baden-Württemberg asumió el patrocinio oficial de la misma. Actualmente, además de los numerosos conciertos en toda Alemania, la orquesta realiza giras por todo el mundo. Recientemente las efectuó por Estados Unidos, Japón, Sudamérica y la República Popular de China.

El primer concierto de esta gira fue el del Conservatorio Nacional, en donde tocaron la Obertura de los Maestros Cantores de Nüremberg de Richard Wagner, el Concierto en Sol de Maurice Ravel en la



Abel Vázquez

interpretación de Stefan Arnold y la Sinfonía No. 5 en Do menor de Beethoven. Un programa atractivo, y no obstante ser obras tan conocidas, resultaron nuevas y frescas. Desde la Obertura de Los maestros Cantores sentimos la fuerza, la pujanza de esta extraordinaria orquesta, cuyos músicos son cada uno solistas de primer nivel y además tocan en soberbios instrumentos. Qué tersura de los alientos, tanto maderas como metales, y las cuerdas uniformes y aterciopeladas.

El Concierto de Ravel nos mantuvo con toda la tensión acumulada. Aquí hay que olvidarse del piano y obtener sonoridades y líneas de jazz, de saxofón, de flauta, de sierra eléctrica (en la Cadenza) y Stefan Arnold nos dio una versión con todo eso. Qué manera de sacar esos efectos y llenar el concierto de esa atmósfera sensual y casi erótica de Ravel. Se llevó estruendosos aplausos y ofreció un *ancore*, un coral de un compositor vienés contemporáneo. Stefan Arnold ya había tocado en México varias veces en estos últimos años, además de impartir un curso magistral en el mismo Conservatorio. Es uno de los pianistas más sobresalientes de Europa actualmente y es maestro en la Universidad de Música en Viena.

Después del intermedio vino la Quinta Sinfonía. Ya desde el enérgico tema del Destino con el que empieza puso al público en tensión, tensión que se mantuvo a través de toda la obra. Parecía que estábamos escuchando la sinfonía por primera vez. Me recordó la frase del maestro Carlos Chávez que decía a sus atrilistas: “Señores, Beethoven era un león”. Eso fue lo que escuchamos. No hay como una orquesta alemana para tocar Beethoven. El segundo movimiento estuvo lleno de poesía y el fugato final fue tocado con vigor impresionante. Los contrabajos hicieron dechado de técnica y todas las cuerdas se identificaron con asombrosa intensidad. El joven director

Gabriel Felz recibió un reconocimiento enmarcado, como agradecimiento por parte del Conservatorio, quien expresó la importancia de este concierto en la vida del Conservatorio Nacional.

Al día siguiente se repitió el programa en un concierto privado para los patrocinadores (Empresas Alemanas para la Cultura), que tuvo lugar en la Sala Nezahualcóyotl. No hubo tanto entusiasmo como en el Conservatorio. Sabemos que los patrocinadores son empresarios más que amantes de la música (con sus excepciones), pero no palpitan al unísono con el artista.

Al día siguiente tuvo lugar el último concierto, abierto al público con un programa difícil, escogido especialmente por Sergio Vela (aunque después canceló): “Muerte y Transfiguración” de Richard Strauss, “Atmospheres” de Gyorg Ligeti y la Sinfonía Fantástica de Héctor Berlioz. Una verdadera lástima que aquí no haya tocado el solista.

Nuevamente gozamos con las interpretaciones de la orquesta, que lo mismo incluye a Beethoven que a los contemporáneos. En el caso de Ligeti se entregaron con la misma intensidad que si fuera una obra clásica o romántica. El ambiente era sutil y las sonoridades etéreas.

La Sinfonía Fantástica desplegó toda la fuerza orquestal, incluyendo dos campanas traídas desde Alemania con un peso de media tonelada cada una. ¡Qué sonoridades! Las trompetas, los trombones, los cornos. Cada uno fue solista y nos impresionaron con su virtuosismo. Fue una oportunidad magnífica para apreciar la calidad de los instrumentos y de los instrumentistas. La orquesta tuvo una gran coherencia y tocan bajo un mismo impulso. Los aplausos fueron interminables y tocaron varios encores, empezando con una Danza Húngara de Brahms. Ojalá regresen pronto, si es que les quedaron ganas de volver a México, donde nunca hay seguridad de que se cumplan las promesas. ■